

No estoy muerto

Por Pamela Coronado

Camino por los pasillos de esta unidad habitacional que me ha visto crecer; son largos, llenos de jardineras y árboles que en primavera cubren el suelo con una alfombra lila por las jacarandas. Los rayos del sol se cuelan entre las hojas para iluminar las paredes y los muros hechos con piedra volcánica; hay canchas rodeadas por los edificios donde siempre hay personas conviviendo.

Me detengo. Veo a mi papá jugando fútbol con sus amigos. Me encantaría que estuviera jugando conmigo, pero no puede verme. Hoy es su cumpleaños y seguro habrá pastel. Lo que daría por estar ahí.

Al lado de esa cancha donde juegan está su casa, donde también viven mis abuelitos, en el piso de hasta abajo. Desde aquí puedo ver la sala y el comedor cuando dejan las cortinas abiertas. Veo a mi abuelita asomada por la ventana mientras avienta migajas para los pajaritos. Levanta su mirada y aunque pasa cerca de mí, no se detiene. Yo la miro fijamente, pero parece no notarme.

Ahora mi abuelito cruza la cancha para llegar al estacionamiento. Quiero correr, saludarlo, abrazarlo, decirle cuánto me hace falta... pero no puedo. Me quedo inmóvil mientras lo veo alejarse. Del otro lado del pasillo, a lo lejos, veo a unas personas que se dirigen hacia mí. Es mi tía, creo. Se acercan un poco más. Viene con mis primas que traen cargando unas cajas de regalos y globos. Las tres pasan exactamente a mi lado pero ninguna me ve. Soy invisible. Creo que pude sentir que la muñeca de mi prima me rozó pero ella ni siquiera me notó. Quiero saludarlas, pero mi voz se ahoga y no logro emitir sonido.

Pasan de largo mientras saludan a mi abuelita que sigue en la ventana. Ella agita su mano emocionada. Se ve muy contenta porque van a visitarla y van a festejar. Siguen caminando y cuando mi papá las ve pide tiempo para ir a saludarlas. Mi prima más pequeña corre para alcanzarlo y él la levanta para llenarla de besos en la mejilla. Ojalá fueran para mí.

Llegan al edificio y las observo en el interior de la casa, saludando y abrazando a mi abuelita. Acomodan los globos mientras mi abuelito cruza de regreso la cancha, lleva cargando unos refrescos; entra y los pone en la mesa. Mi papá se despide de sus amigos y tengo la esperanza de que voltee y me vea, un deseo inmenso de que me invite a festejar con ellos. Pero se va de nuevo sin poner los ojos en mí.

Siento una presión en mi pecho cuando escucho el grito de mi mamá que me llama desde el tercer piso de nuestro edificio, justo frente al de mi papá:

-¡Francisco! ¿Qué haces ahí? ¿Cuántas veces te he dicho que no te quedes parado en ese pasillo? –Grita furiosa, mientras azota la ventana.

Corro subiendo las escaleras y al entrar a la casa siento un jalón en mi brazo. Mi mamá continúa:

-¡Entiende que no saben que existes! No sé en qué pensaba el día que te conté quién era tu padre. –Dice con voz furiosa, sin soltarme del brazo.

-¡Es mi familia, yo tengo una familia! Si no quieres que insista en querer verlos ¿por qué te quedaste a vivir aquí? –Le contesto sintiendo cómo esa presión en mi pecho se convierte en lágrimas, intentando apartar mi brazo.

-Porque es el único lugar que tenemos para vivir. Date cuenta cómo no existes para ellos, tu padre decidió que no formarías parte de su familia. Ninguno de ellos te conoce, ¡entiéndelo ya! –Dice esta frase mientras me lleva a mi cuarto y sale cerrando la puerta.

Me quedo tumbado en mi cama, pensando en qué sería mejor: estar muerto o no existir. Al menos sé cómo se siente la segunda y no me gusta.